

de vida para su pueblo. Pero fué él en espíritu quien sostuvo el Evangelio para el juramento de los Trinitarios, cuyo valor funcional en los destinos del pueblo fué asimismo preservador de la estirpe en ellos por generación, por tradición y por historia. Hoy nosotros, que hablamos como ellos, pensamos como ellos, creemos lo que ellos, y nos sentimos continuadores y conservadores del patriotis-

mo que nos legaron, somos testimonio vivo de que Sánchez Ramírez es la clave de un arco de esperanza vital de espiritualidad eterna; arco que asciende luminoso del pilar y corazón de la Madre España, y desciende hasta el pilar fundamental de la República, que es el juramento de la Trinitaria.

He dicho.

## Discurso del Presidente de la Academia de la Historia al recibir a Fr. Cipriano de Utrera

*Manifestó el Dr. Troncoso de la Concha que la aportación hecha por el Padre Utrera al enriquecimiento documental de la historia dominicana se halla en libros, opúsculos, conferencias y otras publicaciones*

Ilustre señor y compañero:

A nombre de la Academia Dominicana de la Historia os dirijo las saluciones más cordiales, al venir al seno de esta corporación, de la cual sois desde este día, para honra nuestra, uno de sus individuos de número.

No tengo que hacer gala de vuestros méritos. Son bien conocidos dentro y fuera de nosotros. La aportación hecha por vos al enriquecimiento documental de nuestra historia se halla de manifiesto en libros, opúsculos, conferencias y otras publicaciones, en todos los cuales habéis difundido los conocimientos por vos adquiridos en nuestros archivos, extrayendo, de la pobreza de éstos, datos no antes advertidos, y en los archivos extranjeros, en los cuales, dando muestras de una dedicación y desinterés ejemplares, habéis encontrado orientaciones que de otra suerte nos habrían faltado para el análisis de muchos de nuestros hechos del pasado.

No siempre se han aceptado las conclusiones a que en vuestros trabajos de investigación histórica habéis llegado y algunas de éstas han sido, a mi juicio, objeto de justa crítica; pero forzoso es reconocer, de una parte, que ha sido sirviéndose, en buena medida, del acervo documental por vos en-

contrado y hecho público, como se han podido ilustrar algunas cuestiones por vos debatidas aunque llegando vuestros contradictores a conclusiones diferentes, con buenas razones de las vuestras; y de otra parte, que habéis sobrepuesto vuestra independencia de carácter y honradez de juicio a cualquier sentimiento que pudiérais lastimar, sin parar mientes en la repulsa o el desagrado que con ello, estimado por vos como la verdad, hubiérais podido provocar. Eso, no hay duda, es laudable, o, cuando menos, muy respetable.

Con esas prendas hacéis hoy el juicio de la personalidad de nuestro héroe Juan Sánchez Ramírez, tan cara a nuestra memoria, y contribuís a su estudio y al de su obra, suministrando elementos nunca antes conocidos, a la vez que haciendo aprecio de cualidades no estudiadas hasta ahora por nuestra incipiente crítica histórica, al examinar la revolución de la Reconquista y la formación espiritual de su iniciador y actor más sobresaliente.

Túvose por mucho tiempo a Sánchez Ramírez tan sólo como un hijo de Santo Domingo a quien alentaba un fanático amor a la Madre Patria España, en cuya corona deseaba ardientemente, como única aspiración, ver engarzada de nuevo la joya colonial arrancada de ella por manos alevés. Para ventura nuestra, la verdad volvió a su punto y



nadie a quien no aqueje el mal de una incomprensión injustificable puede hoy dejar de ver en aquel movimiento de nuestro pueblo, guiado por el inmortal caudillo cotuisano, el aseguramiento de una individualidad que estaba a punto de perderse y que debía sobrevivir a su desgracia, vale tanto decir, el germen de su futura estabilidad como pueblo libre y soberano.

Vos añadís ahora un elemento apenas tenido en cuenta al ponderarse las características de la personalidad de Sánchez Ramírez: su dominicanidad; esto es: español para volver por los fueros de la filiación menospreciada; dominicano, empero, para mantener una justa distinción entre lo que es parte de un todo y lo que es coyunda o sujeción de inferioridad.

Eso sólo, señor, es bastante para que debamos estimar vuestro discurso de este día como un digno homenaje rendido a la memoria del héroe máximo de Palo Hincado y formado por voz a la luz de un libre e imparcial criterio. Porque esa dominicanidad de Sánchez Ramírez es la misma, con diferencia de circunstancias, observada en Juan Pablo Duarte, hijo de español, educado en España y en el amor a España, que se inspira en instituciones libres de la Madre Patria para concebir el propósito de libertar a su pueblo y luego se rebela contra el designio de incorporar a Santo Domingo a la antigua metrópoli; la de Francisco del Rosario Sánchez, cuyo padre conspira contra Haití para procurar la vuelta del dominio español, cuya madre, se-

gún tradición conservada en la familia, pertenece a la estirpe de un varón justo que ilustra con su vida el santoral español, San Pedro Betancourt, y luego, en el correr de los años, no obstante amar ardientemente a España, ofrece su vida en holocausto por la conservación de la independencia frente al designio anexionista de los que habían perdido la fe en la estabilidad de la República; la misma de Ramón Mella, que llevado de su amor a España va en busca de protección para la República naciente y se desinvierte de su misión diplomática cuando advierte que ese camino conduce al aniquilamiento de la soberanía nacional; y la de otros cuya mención alargaría innecesariamente mis palabras.

Vuestro discurso ofrece tema abundante para extenderse en muchas consideraciones. Limitome, sin embargo, a esta que acabo de exponer parcamente. Otras oportunidades habrán de venir más tarde.

Quiero únicamente decir, para terminar, que si por vuestros grandes méritos nos sentimos muy ufanos de veros desde hoy formando en la fila de los individuos de número de esta Academia, vuestro discurso de ingreso será tenido, con justicia, como uno de los de más alcance y penetración que hemos escuchado en nuestro recinto.

Reverendo Padre Cipriano:

¡Sed bienvenido!

